

posterior al verdadero bienestar, así material como político, de la República.

No quiere esto decir que sean de poca importancia, ni en Santo Domingo ni en ninguna otra parte, las cuestiones políticas pendientes. La indiferencia en política es el mayor mal que puede aquejar a un pueblo; no puede concebirse la existencia de un pueblo republicano que descuide el cumplimiento de sus prerrogativas i deberes. Pero entre la libre práctica del derecho electoral i los motines de cuartel i pronunciamientos, que solo tienen por objeto un cambio de personas en el Gobierno; entre los honores que alcanza un Jeneral i los que mercede un hombre benéfico que no aspira a otra gloria que a hacer la felicidad de sus semejantes, hai una distancia inmensa, que ya apresia Santo Domingo como otras Repúblicas del continente.

La iniciativa individual que impulsa al hombre a procurar por todos los medios honrados un bienestar social, será en Santo Domingo, como en otras partes, el mas poderoso motor de la riqueza i prosperidad de la patria. La accion protectora del mas sabio Gobierno no puede compararse en sus resultados con los que obtienen por su propia iniciativa los individuos que se reuelven a explotar las riquezas naturales de su país. La expectativa de acontecimientos políticos de gran trascendencia para el porvenir de la Nacion, será acaso un proceder sensato; pero es mucho mejor comenzar a trabajar desde luego, con ánimo resuelto i con la sola ayuda de sus recursos propios. Si las doradas esperanzas se disipan, tanto se habrá ganado en tiempo i en trabajo; si se realiza el acontecimiento esperado, tanto mas fácil será conseguir la completa prosperidad nacional.

A la iniciativa de varios patricios distinguidos debe Santo Domingo la creacion de un Banco, a cuyo frente se ha colocado una persona competente, i que apenas terminada su organizacion comenzará a dar resultados benéficos. A la iniciativa individual debe Santo Domingo la explotacion de muchas industrias, desconocidas aún hace pocos años; el establecimiento de empresas importantes; el prodijioso desarrollo del comercio. La fiebre se hace sentir en todas partes latente, pero segura en sus manifestaciones. Ya se habla de comunicaciones regulares que ligen, al través de la isla, a Puerto-Plata con Santo Domingo, a Samaná con Santiago i Azua; ya se pronuncia

mo, en el profesorado. Honra ese hecho a la raza cubana que da tantas muestras de ilustracion i espíritu trabajador; pero honra igualmente al pueblo jeneroso que los hospeda, i que tratándolos como hermanos les permite dedicar sus facultades i esperiencia al beneficio comun.

Hemos sentado que el progreso material es la verdadera palanca que impulsa a los pueblos, deduciendo del marcado movimiento actual de Santo Domingo que no está lejano el día que esa República ocupe entre las naciones una posición mas en armonía con los destinos a que está deparada. Ahora añadiremos que tambien el progreso intelectual se manifiesta en alto grado como lo prueba el establecimiento de un Ateneo i de otras sociedades literarias; la próxima apertura de nuevos institutos de educacion: el aumento en los periódicos. Esto último, sobre todo, es un indicio seguro de la prosperidad moral i material de un pueblo. Solo donde hai tranquilidad de espíritu, hai tiempo i voluntad de dedicarse a la lectura amena e instructiva: solo donde hai un bienestar material aumenta la circulacion de impresos i se recompensan los esfuerzos de las empresas periodísticas. Las listas de suscripcion de *La América Ilustrada* son buena prueba de este aserto.

Muchas de las afirmaciones que hemos hecho en este artículo, podrán parecer exageradas, si no se tienen en cuenta las condiciones de ese país. La República dominicana no tiene mas de 180,000 habitantes, esparcidos en un territorio relativamente muy grande, i ha sido teatro de acontecimientos importantes que han retardado su progreso. Hacer lo que ella ha hecho i está haciendo, es dar una prueba irrecusable de lo que hará en poco tiempo. Entre tanto, nos complace llevar a todos los confines de América el nombre de la pequeña República insular, que olvidada un día, no tardará en ser ejemplo para muchas otras Repúblicas.

[De *La América Ilustrada*.]

## Conocimientos útiles.

1014) Lógica. — (Conclusion)

Parece increíble que el hombre se haya voluntariamente condenado a degradar en tales términos la facultad privilegiada que lo distingue de la creacion bruta; pero aun mas extraño es que este juego de niños haya ocupado el puesto del verdadero

de datos científicos que forman la ilustracion actual, ha sido necesario pensar con tino i acierto, i se puede asegurar que los hombres que han sobresalido en tan noble carrera, han seguido el mismo camino para llegar a los resultados con que han favorecido a sus semejantes. Todos ellos han pasado de lo conocido a lo desconocido, todos ellos han clasificado con exactitud, todos ellos han definido con claridad, i no dentro modo hubieran logrado descubrir lo que ignoraban, conservar lo que aprendian, ni comunicar a los otros las adquisiciones que habian hecho.

El trabajo mental no conducirá sino a errores i tinieblas si se descuida alguna de las tres operaciones que acabamos de indicar. Examínense los desaciertos científicos de los siglos anteriores i se verá que cada uno es el resultado del abandono de una de ellas. I lo que prueba aun mas sólidamente sus ventajas es que continuamente las estamos aplicando en las circunstancias comunes de la vida, i que no podríamos dar un paso con acierto en los negocios mas triviales si no nos valiéramos de su auxilio. Conocer un objeto antes de tomarlo como elemento de raciocinio, ligar su idea con las voces que le corresponden; distribuir simétrica i completamente las ideas parciales que entran en su formacion, he aquí, a mi modo de entender, las bases esenciales del trabajo del entendimiento en la averiguacion de lo verdadero, de lo justo i de lo conveniente. Podríamos indicar individualmente el influjo que cada una de estas operaciones ha ejercido en los adelantos que han hecho en estos últimos tiempos los conocimientos científicos; pero como este cuadro seria demasiado minucioso para las columnas de un periódico, nos limitaremos a preguntar si puede concebirse la perfeccion a que ha llegado la botánica, si no se empleara en ella, con toda la latitud de que es capaz, el arte de llegar a lo desconocido por lo que se conoce; el de encerrar en el número necesario de palabras los caracteres del ser que se define, i el de distribuir en grupos completos las diferencias o semejanzas que la ciencia abraza. La botánica es actualmente la mas perfecta de las ciencias naturales, i todas ellas llegarán a la misma perfeccion cuando tengan los medios i la facilidad de emplear con igual acierto los mismos instrumentos de

na, si los hombres no quedasen satisfechos sino con la evidencia? ¿I qué seria de todas las ciencias si no tuvieran mas apoyo que la demostracion? Esta pertenece tan solo a las exactas; las otras tienen que contentarse con probabilidades mas o ménos sólidas, las cuales, apoyadas en el testimonio de los sentidos i en las leyes de la analogía, pueden llegar a un grado de certeza que satisface a la razon i llena cumplidamente su objeto. Así, pues, el que valiéndose de la geometría, estudiase, por ejemplo, la historia, i buscase en esta resultados tan evidentes como en aquella, conoceria muy en breve que su trabajo era inútil, i tendria que abandonarlo como aéreo e impracticable.

Lo que hace la geometría es habitar el entendimiento a dividir con acierto las ideas complicadas, a proceder gradualmente de lo mas sencillo a lo mas compuesto, inspirarle una justa desconfianza de todo lo que no se concibe con claridad; ponerlo en el camino de las consecuencias naturales, deducidas de antecedentes indisputables; enseñarlo a encerrar la definicion en sus justos límites; en fin, amoldar, por decirlo así, la comprension i la intelijencia de modo que solo admitan lo que arrastra consigo la conviccion, deshechando cuanto puede seducir la fantasia con la máscara de la verdad.

Tan palpables son las ventajas del método geométrico, que mas bien pudiéramos llamar matemático, por que es el mismo que siguen todas las ciencias comprendidas en esta denominacion, que su ensenanza ha llegado a ser una preparacion indispensable en todas las escuelas de Europa para toda clase de carreras i estudios. Aunque no tuviera otra recomendacion que la de dar una nomenclatura perfecta de las formas exteriores de los cuerpos, esto solo bastaria para facilitar considerablemente el trabajo de la intelijencia.

Concluyamos. El principio de la juventud no es la edad mas apta para ajitar cuestiones difíciles, entónces solo se debe tratar de disponer el espíritu para recibir en lo sucesivo impresiones retas i elaborarlas de modo que lo alimenten i no lo estraguen. Este fin se consigue con las ciencias de demostracion porque los elementos son las ideas de cantidad, que están al alcance de la intelijencia mas vulgar, i el uso que de estas ideas se hace

214

No se cansa  
Cádiz: sus blan  
verdes balcones  
nos cierras, dor  
colores; remata  
prichas torres  
don entro escoll  
on cataratas de  
dadas de naves  
aire nubes de  
sus bellidas ve  
rolas; asentados  
oscura muralla,  
a un lado la bal  
nes, sus caños co  
rosplanteo: to  
lejana coridiller  
violadas, ya rosé  
los aprebales  
otro lado el ma  
en sus claraz ag  
cielo, i camponio  
sus brisas, sus c  
sus tormentas e  
Yo de mi sé d  
dades mas rion  
siempre nuestra  
con su cima do  
nes con sus pirá  
cubierta de cop  
verde grama, i  
calastes montaña  
on lo profundo, r  
como si aguarla  
Asia i del Africa,  
el monte sacro r  
fluencia del Dar  
lamiendo las caro  
dros, de avellano  
centro de Alamb  
por la luz i por le  
ha poblado de br  
piles durmo Gra  
dibujan con toda  
ministros i los di  
Jenaplife escondi  
cañadas, de oller  
lucos cipreses, de  
surtros, cuyos ara  
a la vida árabe,  
de las zambres i l  
poesia, i al amor.  
Nosotros tenem  
los poetas; los que  
habitados por los a  
bajo cuyas anebas  
jón del Asia; los  
colastes aguas; pre  
sul puente dura, d  
riboras de Gerles;  
jazón en los altes  
los bigas de Aten  
paseo tan agredad  
tinto en naves e

para el estudio del aplicable igualmente una verdad demostrable. Este gran innovador ha considerado las penas i las penas consideró los trabajos que hemos insalvables para conseguir el consentimiento se propo- depende en gran medida que, por descuidada a documentos, en la situación, solo puede adquirir instante, i no cree- do mas seguro de dio de las matemáticas eminentes han pro- moso que la verda- tría; pero la mayor ha dado un sentido nion, suponiendo que uier otro ramo de es- cientos del geométra, cion como éste llega, se espondrá a entrar iveriguacion. Si esto cesario cerrar las cla- ro funestas a la ilus- oral de los pueblos. de la sociedad huma- quedasen satisfechos ia? I qué sería de o tuvieran mas apo- non? Esta pertenece as; las otras tienen probabilidades mas o tales, apoyadas en el ridas i en las leyes n. llegar a un grado ace a la razon i llena objeto. Así, pues, el i geometría, estudiase, ria, i buscase en esta

para resolver un problema, es el camino mas seguro para hallar la verdad en toda clase de materias.

Bogotá, noviembre de 1872.

RODRIGO VALLARINO.

## Variaciones.

### LA EGLOGA VIVIENTE.

Una ciudad meridional no puede tener para nosotros, españoles i españolas del Mediodía, la novedad que tiene para franceses, para alemanes, sobre todo, para franceses i alemanes del Norte.

Nosotros poseemos ciudades que en claridad de cielo, en abundancia de luz, en hermosura de contornos i campiñas, en injenio de sus ciudadanos, en belleza de sus mujeres, en arte de sus monumentos, i aires aromáticos i bien olientes competen con las mas hermosas i mas ricas ciudades italianas.

Quién puede olvidar aquella Valencia, confiada de torres árabes i góticas, ineluctablemente inclinada a orillas del claro rio, que por todos sus alrededores derrama abundancia; circuida de la huerta feracina que entrelaza con las ramas de sus brillantes moreras las ramas de sus oscuros granados; i que al pié de la gallarda palma, dulcemente mecida por las brisas marinas, ostenta incabables naranjales, deleitando la vista con los matices de su dorado fruto, i el olfato con los aromas de su blanca flor.

Quién dejará de admirar la oriental Córdoba, con su aljama única en Europa, donde se oyen los ecos de la poesía árabe, al pié de aquella sierra morena, esmaltada por selvas de rosales.

No hai en la tierra otra Sevilla, cuando la primavera acaricia su abundante suelo. Es de ver la ciudad en abril, levantando sobre inmenso oceano de claro verdor sus agujas, sus bocaroles, sus ajimeces, sus ojivas, sus cresternas, bajo cielo resplandeciente de luz, i entre los jiros del aire cargado con los ecos de las orientales canciones i las esencias del embriagador azahar.

No se cansa la vista de mirar i admirar a Oádiz: sus blancos edificios enaltecidos por verdes balcones i ventanas-pearlas i cristalineros cierras, donde flotan cortinas de todos colores; rematadas por azoteas llenas de caprichosas torres i de floridas macetas; erijidos entre escollos donde las olas se quiebran en cataratas de espumas; rodeados por bandadas de naves, que ya dejan en los claros aires nubes de vapor, ya se gallardean con sus hendidas velas i sus pintorescas banderolas; asentados dentro de aquella sólida i oscura muralla, en torno de la cual aparece a un lado la bahía con sus blancas poblaciones, sus caños cortados por pirámides de sal resplandecientes a la brillantísima luz. 218

chidos por el cántico unísono del coro de cigarras que ensalzaron los antiguos poetas; noches tranquilas i luminosas como las noches de Oriente; serenatas en cuyas largas i tristes cadencias se oye resonar aún el acento inmortal de las canciones árabes todo su intenso amor i toda su profunda melancolía.

A pesar de esto, aún extraña, aún maravilla la campiña de Nápoles. Conocereis algo mas agreste, mas abrupto, mas sublime en la tierra; no conocereis nada tan clásico, tan digno de la Egloga antigua, tan propio para que el ánimo repose, i la naturaleza tome los tintes i las inspiraciones de nuestra alma.

Así como la escultura es el arte pagano por excelencia, el arte que armoniza la idea i la forma en suave reposo; la Campania es la tierra de las Eglogas, la tierra de las Jédricas; la tierra por excelencia pastoril, donde los montes repiten el eco inmortal de las dulcísimas zampoñas de Virjilio, i los animales i las plantas se trasforman a los ojos del pensamiento con las metamorfosis cantadas por Ovidio.

Dios mio! qué riqueza de colores, de matices, de tonos! Qué gradaciones desde el azul claro de la bahía hasta el violeta rítmico oscuro del Vesubio! Como la cordillera del Oriente, tachonada a intervalos de ventisqueros, que relucen cual diamantes entre turquesas i esmeraldas, contrasta con el matiz rosa claro, tomado al anochecer, por los montes del Ocaso, por el cabo Miseno, i por los contornos de la isla de Nísida, semejantes a promontorios de bruñidos jaspers.

Mirad ese horizonte, puro, purísimo, por el cual se desvanecen las columnas de blanco humo que despiden el volcan; ese mar tan sensible a los cambios del horizonte que puede llamarse su repetición o su espejo; ese suelo, que donde permite la vegetación lujuriosa, viciósísima, enseña las lavas negras i lucientes como el azabache.

Yo en ninguna parte he visto la luz que brilla en refracciones tan varias, ni los contrastes aparecer en diferencias tan bruscas. Por lo que respecta a la luz, diríase ésta tierra gigantesco prisma de múltiples colores.

Por lo que respecta al contraste, enseñadme en ningún otro punto montañas mas abruptas rematadas en playas mas suaves; bosques mas agrestes junto a jardines mas cultivados; ciudades mas pobladas i ruinas mas solitarias, suelo mas amenazado de muerte por las bocas volcánicas, por las solfataras ardientes, por los terremotos repentinos, por las erupciones violentas, ni vida mas múltiple, mas alegre, que se espacia así en el cántico, en la danza, en los juegos, en los placeres; refinamiento de civilización mezclada a delicias del campo; recuerdos antiguos vagando sobre el indolente olvido moderno; la columna de fuego que el volcan ajita como gigantesca antorcha frente a los Apeninos

Respira el volcan como siclopedia titánica fragua; relampaguean, truenan sus erupciones como lejon de tempestades.

Por doquier bancos de materias pendientes, oceano de negras cenizas; torbellinos i espirales de piedras; rocas fundidas; mujidos espantables de las montañas; estremecimientos dolorosísimos del valle; vapores sulfurosos; exhalaciones de ácido carbónico; nubes grises atravesadas por reflejos siniestros i henchidas de menudos durojeados aerólitos; franjas de escorias por el suelo i manantiales de aguas hirvientes; el infierno confundido con el paraíso en la tierra, como la pena con la alegría en el alma; como el error con la verdad en la mente; copia fiel de las tragedias de nuestra existencia, i los contrastes de nuestro sér.

La encendida montaña es un gigante laboratorio de donde sale con igual fuerza la muerte i la vida, como la naturaleza es un conjunto de fuerzas que componen, descomponen i recomponen.

De sus estremecimientos, de sus convulsiones puede quejarse el antiguo habitante de Pompeya i Estabia, incrustado en las frias seculares lavas; el moderno campesino de Resina i de Torre del Greco que en trágica noche ve desaparecer bajo bituminosas encendidas materias sus viñas henchidas de dulce lágrima tan celebrado en el mundo; pero el químico, el físico encuentran en sus fecundas exhalaciones soda, potasio, diversas sales marinas, testimonio de su comunicacion con el Mediterráneo; depósitos de cloruro de hierro con todos los colores de las piedras preciosas i de las flores silvestres; manantiales de ácido clorídico i ácido sulfúrico; sustancias amoniacas i agujas de azúfres tendidas en largos manojos sobre las oscuras escorias; vapores de aguas termales que curan muchas de las enfermedades i exhalacion continua del gas azoo i del carbónico, tan funestos para la vida i tan preciosos para la ciencia.

Imposible forjarse una idea sin haberlo visto, del contraste profundísimo entre la serenidad riente del campo, i el siniestro aspecto del volcan. Cuando los sentidos yerran por aquellas florestas i aquellas playas; cuando pasan de la colina al valle, del valle al bosque, de los grupos donde se entrelazan el olivo con el limonero de mar celeste, donde se rizan tantas velas latinas que parecen bandadas de blancas aves, creen ver, oír en la realidad los pastores de Virjilio, los marineros de Teócrito, cantando los unos entre redes i verjas; los otros, entre apriscos i praderas dobles versos, que han de repetir las áuras i las brisas; pero si luego se convierten al volcan i le ven relampaguear, llover fuego, ceniza, i le oyen rujir, tronar, creen que sus cimas dibujan, entre nubes de humo, las lecciones que ya pisaron aquellas

Estas tierras, tan bellas, tan graciosas, atraen eternamente a todas las razas; son las tierras de la comunicacion perpétua entre todos los hombres. Quédense para los agrestes montañosos conservar tras los desfiladeros de sus cordilleras en el seno de las cavernas, velados de impenetrables bosques, sobre picachos solo accesibles a las águilas, teniendo por defensa el risco, el pedrusco desprendido al menor esfuerzo de la altura al valle; quédense para ellos las guerras por la independencia, el culto para las antiguas leyes i los antiguos usos: que aquí entre estas ondas sonoras, donde al reflejarse, el sol finje de luz esplendorosa lagos i rios, cada una de cuyas gotas es una estrella, donde el fósforo de matiz blanquecino como los rayos de la luna, deja en las tranquilas noches fajas lucientes, parecidas a las fajas de la vía láctea en el cielo; aquí donde las playas seducen como el seno de casta virgen; donde cada árbol exhala nubes de arcina, i cada jiro del aire repite suspiros de amor; sobre la yerba o sobre las algas, entre las flores del campo i las conchas de la arena, a la sombra ya del mirto, ya del olivo, ya de la vela crujiente, vendrán los dioses de todos los tiempos, los pilotos de todas las razas, los conquistadores de todos los pueblos a vivir, aunque sea un momento, ébrios de orgullo i de placer, en brazos de esta seductora i voluptuosa naturaleza.

Lo mismo sucede entre nosotros. El cántico verá estrellarse cien veces en su escudo de cuero la invasion romana; el astur, sin tener la cultura de Bruto o de Catón, sin aspirar a que Plutarco cuente i Lucano cante sus hazañas, preferirá la muerte a la servidumbre; el Navarro, desde las altas montañas, conjurará todas las conquistas i hará morder el polvo en su constancia a los soldados de Carlo Magno; el vasco guardará a través de tantas revoluciones i de tantos siglos, leyes i usos que tienen caracteres patriarcales, antigua lengua que tiene puro carácter primitivo; al paso que las playas del Mediodía, serenas i risueñas, accesibles a todos los pueblos, abordable a todas las naves; con sus ondas celestes i sus espumas argentinas, i sus áureas arenas, i sus colinas escultóricas, i sus olivos, i sus mirtos, i sus laureles, teñidas por aquella luz deslumbradora, cuyos reflejos dan a sus cordilleras toques metálicos, i a los orientes i a los ocasos de su sol arreboles indescriptibles; i a las estrellas, i a las estelas, de sus noches seductor centelleo; de continuo embalsamada por los aromas de flores que embrigan, como otros tantos misteriosos pebeteros verán venir a su seno jentes de todas las rejiones, naves de todos los puertos, i tendrán que abrirse i entregarse de grado o por fuerza, ya al hierro, ya al halago. (Concluirá.)

os pueblos.  
edad homi-  
satisfac-  
uó ser de  
n mas apo-  
pertenec-  
ras tieneo  
ales mas o  
adas en el  
las leyes  
un grado  
sion i llena  
si, pues, el  
estudiase,  
en esta  
en aquella  
trabajo, en  
onarlo como  
habitar el  
cierto (así  
que el  
mas com-  
sionanza  
en el  
de conse-  
de antec-  
a encerrar  
en su fin,  
impresion  
solo admitan  
el dolor, des-  
de la fantas-  
del mé-  
podríamos  
el mismo que  
grandidas en  
sionanza hu-  
n. Indispen-  
soria para  
los. Aunque  
que la de-  
de las sur-  
sajo, solo  
blemente el  
e la juven-  
para citar  
lo no deb-  
ara recibir  
el elabo-  
en no lo  
que las  
los etc.  
que es-  
may vul-  
se hace

dos de las orientales canciones i las canciones  
del embriagador azahar.  
No se cansa la vista de mirar i admirar a  
Cádiz: sus blancos edificios esmaltados por  
verdes balcones i ventanas-perlas i cristali-  
nos cierras, donde flotan cortinas de todos  
colores; rematados por azoteas llenas de ca-  
prichosas torres i de floridas macetas; eriji-  
dos entre escollos donde las olas se quiebran  
en cataratas de espumas; rodeados por ban-  
dadas de navos, que ya dojan en los claros  
aires nubes de vapor, ya se gallardean con  
sus hendidas velas i sus pintorescas bande-  
rolas; asentados dentro de aquella sólida i  
oscura muralla, en torno de la cual aparece  
a un lado la bahia con sus blancas poblacio-  
nes, sus caños cortados por pirámides de sal  
resplandecientes a la brillantísima luz, sus  
lejanas cordilleras envueltas en vapores ya  
violados, ya rosicados, segun las horas del dia,  
i los arreboles del ambiente, mientras del  
otro lado el mar azul, se dilata, retratando  
en sus claras aguas todos los maticos del  
cielo, i componiendo con sus vientos, su oleaje,  
sus brisas, sus corrientes, sus tempestades i  
sus tormentas continuo himno a lo infinito.  
Yo de mí sé decir que, en medio de las ciu-  
dades mas rientes de Italia, he recordado  
siempre nuestra sin par Granada: la sierra  
con su cima de cristal; los apagados volca-  
nes con sus pirámides; la ancha vega, toda  
cubierta de copudos árboles, alfombrada de  
verde grama, i limitada allá lejos por las  
celestes montañas de Loja; el blanco Albaicín  
en lo profundo, rodeado de aloes i de nopales  
como si aguardara todavía a los hijos del  
Asia i del Africa, i todavía repitiera la can-  
cion melancólica inspirada por los desiertos;  
el monte sacro rematado de pinos; la con-  
fluencia del Darro i del Jenil, que vienen  
lamiendo los carmenes entre selvas de almendros,  
de avellanos i de gigantes cactus; en el  
centro la Alambra con sus torres doradas  
por la luz i por los siglos, sobre aquel corri-  
llo poblado de bosques i de jardines, a cuyos  
pies duermo Granada i sobre cuya cima se  
dibujan con toda la poesia del Oriente los  
minaretes i los apineces i los cenadores del  
Jeneralife escondido en grutas de sonantes  
cascadas, de olientes jazmines, de melancó-  
licos cipreces, de graciosas florestas, cuyos  
susurros, cuyos aromas convidan de continuo  
a la vida árabe, toda consagrada, despues  
de las zambras i las guerras, al sueño, a la  
poesia, i al amor.  
Nosotros tenemos adelfas para coronar a  
los poetas; bosques de mirtos dignos de ser  
habitados por los antiguos dioses; palmerales  
bajo cuyas anchas palmas parece vagar el  
jénio del Asia; costas de áureas arenas i de  
celestes aguas; promontorios i cabos que el  
sol poniente dora con esmaltes dignos de las  
riboras de Grecia; el aroma del azahar i del  
jazmin en los aires; higos tan dulces como  
los higos de Atenas en nuestras higueras;  
pasas tan azucaradas como las pasas de Co-  
rinto en nuestras cepas; días calurosos bon-

tierra gigantesca prisma de múltiples colores.  
Por lo que respecta al contraste, enseñad-  
ma en ningún otro punto montañas mas  
abruptas rematadas en playas mas suaves;  
bosques mas agrestes junto a jardines mas  
cultivados; ciudades mas pobladas i ruinas  
mas solitarias, suelo mas amenazado de muer-  
te por las bocas volcánicas, por las solfataras  
ardientes, por los terremotos repentinos, por  
las erupciones violentas, ni villa mas multi-  
ple, mas alegre, que se espacia así en el cántico,  
en la danza, en los juegos, en los pla-  
ceres; reflujamiento de civilizacion mezclada  
a delicias del campo; recuerdos antiguos  
vagando sobre el indolente olvido moderno;  
la columna de fuego que el volcan-ajita como  
gigantesca antorcha frente a los Apeninos  
rematados de diamantinas nieves.  
Aquí veo las hayas i los robledales virji-  
lianos; las cabras irguiéndose a clavar el  
agudo diente en los arbustos; las ovejas con  
el vellón cargado de lanas i las ubres carga-  
das de leche, i rodeadas, seguidas de balado-  
res centales; por las laderas de zarzas, con  
cuyas moras teñíanse las cejas, i las mejillas  
los rabadanes para entonar sus bucólicos  
versos; en la orilla del torrente las cañas  
con que formar el dios Pan sus canoros ca-  
ramillos; de orguido olmo en orguido olmo  
los festones de las parras, entre cuyo follaje  
se posa la paloma i arrulla la tórtola; en el  
hondo los floridos cantábulos, en las colinas el  
tomillo i el espigajo; a la entrada de la  
caverna, por el tronco de la oncina que sobre  
ella se avanza, el panal destilando miel i  
rodeado de zumbadoras avejas, cuyos agui-  
jones traen los jugos de las flores; dentro de  
la caverna el silencio, obvio de vida i de vino,  
con su guirnalda en las sienos i su ánfora en  
las manos; por las corrientes de los arroyos  
la blanca náyada, que teje coronas; por las  
majadas i los oteros el pastorcillo juntando  
la amapola con el narciso i la blanca azuzena  
con la madre selva para ofrecerlas a su ama-  
da; en el ancho mar, rizado por los soplos de  
la brisa i heridos por los cambiantes de la  
luz la sirena antigua, que palpita de amor  
en las ondas i canta eternamente con seduc-  
toras cadencias la inmortal epopeya de la  
naturaleza.  
Junto a tales églogas, qué terribles traje-  
das ofrece esta atormentada tierra! Hicieron  
los antiguos bien llamándola sirena que  
atrae, sirena que mata.  
Con frecuencia, erupciones terribles des-  
truyen, abrazan, entierran aldeas i ciuda-  
des enteras.  
El terremoto sacude con estremocimientos  
espantosos toda aquella rejion.  
Los edificios se balancean como las naves  
al oleaje, i vienen trómbas de áeres vapores,  
lluvias, diluvios de cenizas; granizadas de  
brazas; i tempestades de lavas.  
El mar hierve, el cielo reserva fuego si-  
niestro, como si las benéficas pluviosas nubes  
lubrificasen terreno de ardientes hornos.

serenidad riente del campo, i el siniestro  
aspecto del volcan. Cuando los sentidos ye-  
rran por aquellas florestas i aquellas playas;  
cuando pasan de la colina al valle, del valle  
al bosque, de los grupos donde se entrola-  
zan el olivo con el limonero de mar co-  
leste, donde se rizan tantas velas latinas  
que parecen bandadas de blancas aves, creen  
ver, oír en la realidad los pastores de Vir-  
jilio, los marineros de Teócrito, cantando los  
unos entre redes i verjas; los otros, entre  
apriscos i praderas dobles versos, que han de  
repetir las áuras i las brisas; pero si luego se  
convierten al volcan i le ven ríampaguear,  
llover fuego, ceniza, i le oyen rujir, tronar,  
creen que sus cimas dibujan, entre nubes de  
humo, las lejonas que ya pisaron aquellas  
altas cunas, las lejonas del eterno viciima,  
del eterno pária, de espartaco, el tracio de-  
fensor de los esclavos, cuya sombra ensan-  
grentada i trájica vaga sobre todas estas églo-  
gas como la infame esclavitud sobre todas  
las bellezas i todas las armonías del antiguo  
mundo.  
¿Qué es eso de cultura en la vida i de ori-  
ginalidad primitiva en la naturaleza! Aquí  
están sobrepujadas cuatro o cinco civiliza-  
ciones distintas, desde la pelásjica hasta la  
crisiziana; i el suelo volcánico en sus estre-  
mecimientos, en sus convulsiones, en sus va-  
pores parece pertenecer a los tiempos en que  
todavía era el planeta, materia incandescente,  
i radiando intensísimo calor i despidiendo  
tonante electricidad. Yo me figuro estar en  
las cavernas donde las ideas arquetípicas,  
las ideas madres, como Goethe las llama, te-  
jen los hilos de la vida, o donde los gigantes  
fabulosos, en yunques colosales forjan las  
incommensurables bases graníticas de la tie-  
rra. Esto es eternamente pagano. El agua  
bendita cayendo quince siglos sobre los cam-  
pos no los ha bautizado todavía. Los dioses  
no quieren irse. En vano la vieja sibila de  
Cumas, con la vista gastada de mirar a lo  
porvenir, con la túnica rasgada por las tor-  
mentas, desde el elevado promontorio donde  
se consume, ha dicho a los chicuelos de Ná-  
poles cuando la apedrean i le preguntan, qué  
quieres? Quiero morir. En vano las sirenas se  
han reunido en torno del cabo Miaceno para  
quejarse de la muerte del dios Pan. Aquí  
están todas, todas las divinidades, lo mismo  
Céres coronada de espigas, i Baco ceñido de  
pámpanos, i Minerva con sus ramas de olivo,  
i Sileno apoyado en su ciprés, i Neptuno  
arrancando con el agudo tridente el espu-  
moso caballo a la tierra, i Vulcano enroje-  
ciendo el hierro en el fondo calijinoso de sus  
fraguas eternas. No se han ido, no. Están  
ahí en el suelo, en los córtex escultóricos de  
los cabos, en los intercolumnios de las coli-  
nas, en los relieves de las costas, en la luz vi-  
visima que no consiente ningún misterio, que  
todo lo recama de áureas aristas para cele-  
brar las nupcias eternas del espíritu con la  
naturaleza.

a todos los pueblos, abordable a todas las  
naves; con sus ondas celestes i sus espumas  
arjentinas, i sus áureas arenas, i sus colinas  
escultóricas, i sus olivos, i sus mirtos, i sus  
laureles, teñidas por aquella luz deslumbradora,  
cuyos reflejos dan a sus cordilleras to-  
ques metálicos, i a los orientes i a los ocasos  
de su sol arreboles indescriptibles; i a las  
estrellas, i a las estolas, de sus noches seduc-  
tor contollos; de continuo embalsamada  
por los aromas de flores que embriagan, co-  
mo otros tantos misteriosos pebeteros verán  
venir a su seno jentes de todas las rejiones,  
naves de todos los puertos, i tendían que  
abrirse i entregarse de grado o por fuerza,  
ya al hierro, ya al halago. (Concluirá.)

### Promitidos.

#### La elefancia i la medicina. (Conclusion.)

5.º—EL HECHO DE LA PROPAGACION DEL  
MAL EN LOS LUGARES SANOS ANTES.  
Usted para desvanecer este hecho no es-  
tiende su exploracion sino hasta Tocina; mas  
por muy corto que sea ese espacio recor-  
rido, quiero seguirlo en él. Es del dominio  
del público el hecho de que los elefanciacos  
que se habian refugiado a ese punto fueron  
espulsados i de la manera mas violenta por  
los vecinos de aquel lugar, no dejando en él  
sino aquellos que habian nacido en ese vecin-  
dario. Ahora este suceso tan cruel no tiene  
mas que una sola explicacion: el horror al  
contajio i este sentimiento tiene que llevar  
forzosamente consigo una causa, i ésta no  
puede ser otra que la de que la poblacion  
habia presenciado casos de contajio ya.  
Respecto del señor Afanador que vive  
sano, para algunos, siendo de la tercera  
jeneracion de una familia que ha estado vi-  
viendo entre leproso, si fuéramos a exami-  
narlo lo hallaríamos a él, como a otros mu-  
chos, infectado del sora causa inmediata de  
la elefancia. Póngase una persona sana en  
róce i contacto con un elefanciaco, i mas o  
ménos tarde en la persona sana se observa-  
rán muchos estomas de la sora que son los  
podrónicos de la elefancia: pues que no son  
solo aquellos en que aparecen tubérculos  
los que llevan consigo la enfermedad, estan-  
do esta incubada, sino en todos, si en la  
mayor parte de los individuos que han estado  
en contacto con los elefanciacos, i en los  
cuales, si no aparece todavía desarrollado  
el mal depende de las razones que paso a  
expresar:  
1.ª Por la bondad del clima: 2.ª Porque  
toman alimentos sanos: 3.ª Porque se usa